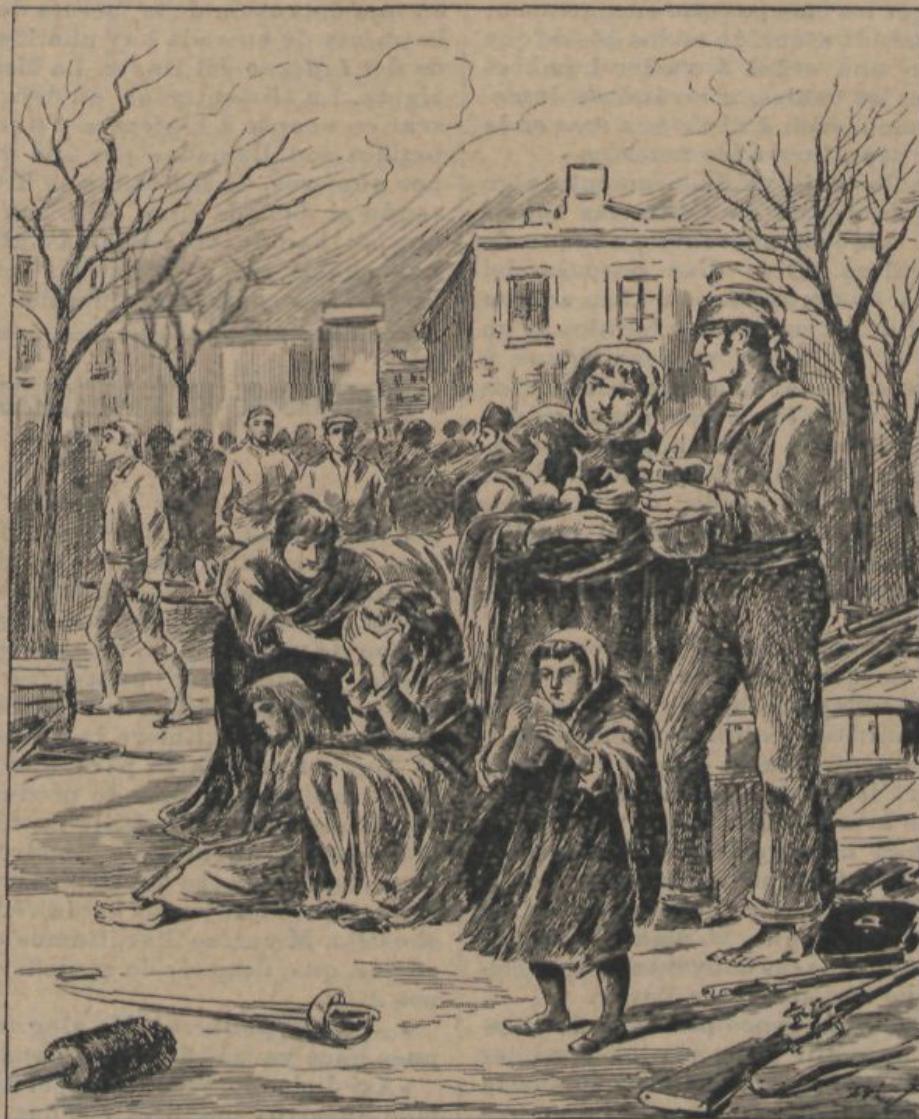


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ••• BARCELONA, abril de 1895 ••• NÚMERO 27

— Con el presente número se entregará el cuaderno 27 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —



DESPUÉS DE TRAFALGAR:

Se conducía á los heridos á los hospitales bajo todas las formas de la miseria humana, y la multitud estaba poseída de horror

SUMARIO

Después de Trafalgar.—Una penitenciaria en el Cabo.—Aventuras de un prisionero de guerra (*conclusión*).—El cazador de caballos (*continuación*).—En el Splügen.—Mandamientos femeninos.

DESPUÉS DE TRAFALGAR

Un caballero llamado Mr. Simple, que viajaba por la costa española poco después de haberse librado el gran combate, pudo observar sus efectos en las aguas donde había tenido lugar la lucha.

«Como el viento era contrario para cruzar,—dice,—el bote debió hacer varios rodeos, y en uno de ellos nos acercamos tanto á la orilla, que pudimos ver dos cadáveres arrojados por las olas. De pronto, divisamos cierto número de jinetes que patrullaban por allí con el único objeto de recoger los cuerpos que encontrasen, y, habiendo fijado su atención en los dos de que hablo, hicieron una señal á varios hombres que iban á pie, los cuales, acercándose inmediatamente, comenzaron á abrir una fosa en la arena para dar sepultura á los muertos.

»El espectáculo tenía verdaderamente algo de triste y lugubre; pero en Cádiz las consecuencias eran también aparentes, aunque de distinta naturaleza. Diez días después del combate, varios hombres se ocupaban aún en llevar á la orilla los muertos y heridos, y en los muelles y en las calles presenciábanse á cada momento escenas más que suficientes para conmover á todos los corazones no endurcidos aún por la vista de la sangre y los padecimientos humanos. Cuando por descuido de los barqueros, ó por efecto de la resaca, los botes chocaban contra las piedras del muelle, resonaba un grito de los que iban á bordo. Muchos españoles ayudaron, con evidentes muestras de compasión.

»En la entrada del muelle, la escena era conmovedora. Se conducía á los heridos á los hospitales bajo todas las formas de la miseria humana, y la multitud estaba poseída de horror. Varias mujeres, con la cabeza inclinada y la frente entre las manos, estaban sentadas en montones de armas, de muebles rotos y bagajes, y lloraban amargamente. No sentí la menor inclinación á seguir las camillas de los heridos; pero supe que éstos llenaban todos los hospitales de Cádiz, y que, no siendo suficientes, habíanse utilizado los conventos y las iglesias para los que aún se debían llevar.

»Al salir del muelle, crucé por la ciudad hasta la Punta, y aun allí pude ver los terribles efectos del combate. En todo el espacio que la vista alcanzaba, el lado arenoso del istmo que franquea el Atlántico estaba cubierto de mástiles y jarcias, restos de buques, y acá y allá veíanse cadáveres. Entre otros restos, llamóme la atención un mastelero, en que estaba grabado el nombre de *Swiftsure*, con la ancha flecha de Inglaterra. Hubiera dado entonces alguna cosa por saber cuáles habían sido las pér-

didas de los ingleses. Sus enemigos afirmaban que habían perdido su primer almirante y la mitad de la flota.

»Trepando por un mástil que se había clavado en tierra, recorri con la vista aquella parte del Océano, y á gran distancia divisé varios restos de buques flotantes aún; y como el mar estaba tranquilo, el efecto que producían aquellos objetos tenía algo de sublime y melancólico á la vez, porque evocaban el recuerdo de las tristes vicisitudes de las cosas humanas.»

UNA PENITENCIARIA EN EL CABO

El Gobierno inglés ha establecido en Dartmoor (Colonia del Cabo) una vasta penitenciaria á la que son conducidos los criminales de la Gran Bretaña reincidentes. Consiste en una agrupación de edificios de granito, rodeada por una alta muralla. El lugar se encuentra en una depresión de la meseta del Desierto. En la puerta de entrada hay una inscripción sacada del *Infierno* del Dante. La disciplina es muy rígida. La alimentación no deja nada que desear en cuanto á higiénica y nutritiva. Los detenidos son llamados por sus nombres, y no por números. Se les ocupa en diversos oficios, según el de cada uno. Allí son enviados los que no han de volver jamás al suelo patrio. Las celdas están revestidas de planchas de hierro. Los confinados duermen en hamacas.

AVENTURAS DE UNOS PRISIONEROS DE GUERRA

(Conclusión)

«A eso de las diez y media llegamos á la pequeña ciudad de Charmes, donde esperábamos que aquellos que no se hubiesen acostado aún estarían, cuando menos, en su casa á causa de la lluvia; pero nos engañamos. Al revolver de una esquina, un agente de policía nos llamó, y pidíónos los pasaportes, preguntando dónde íbamos. Como carecíamos de semejante documento, Barklimore trató de bromear con el digno funcionario para que nos dejase el paso libre, y, no habiendo producido esto buen resultado, sacó del bolsillo un testimonio recibido de sus agentes de Londres, tratando de hacer creer que era nuestro pasaporte. El hombre contestó que jamás había visto ninguno por el estilo. Mientras discutíamos con él llegó un oficial, que, después de escuchar un momento, nos dijo:

»—¡Hola, señores! Me alegro encontrarlos, pues hace ya más de una semana que los busco.

»Así diciendo, sacó un papel de su cartera, y leyó nuestros nombres y señas. Viéndonos cogidos, tratamos de atenuar el mal, rogando al oficial y al agente de policía que vinieran á tomar algo con nosotros en una casa de comida inmediata, lo cual aceptaron con gusto.

»Después de cenar se trabó conversación.

»—¿Cuánto dinero tienen Vds.? — preguntó el oficial.

»—Muy poco,—respondimos.

—Bien,—continuó aquél;—no se lo reclamaré, aunque tengo orden de hacerlo, ni tampoco voy á registrarlos, porque harto necesitaréis cuanto lleváis. No obstante, la consigna es muy severa, y, á pesar mío, debo encerrarlos durante la noche.

»Se nos condujo poco despues á una habitación, cuya puerta se cerró bien, pero nos trataron con bondad. A la mañana siguiente se emprendió la marcha, y á su tiempo llegamos á Verdun.»

En esta ciudad se les pusieron grillos y los encerraron durante algún tiempo; pero las autoridades resolvieron después trasladarlos á la fortaleza de Beeche, especie de castillo asentado en una roca á mil pies de altura. Muchas de las habitaciones se habían formado en la roca sólida, y no se entraba en ellas sino por un túnel de ciento veinte pies de longitud, cerrado en ambas extremidades y en el centro por tres puertas muy macizas.

La prisión en que se les encerró era casualmente una de las caldas socavadas en la roca, á la cual se llegaba por una escalera de treinta peldaños; tenía el techo de piedra y ventanas muy altas con gruesos barrotes de hierro. Allí se hallaban ya cautivos unos veinte ingleses, y en otra prisión cercana contábanse, al menos, ciento setenta.

Es necesario detallar aquí sus padecimientos: al cabo de seis semanas sufrieron un ataque de fiebre, se les trasladó de nuevo, pero á una habitación mejor ventilada, y aquí comenzaron á pensar otra vez en la fuga. Mediante pago adquirieron una regular cantidad de tejido muy grueso de hilo, diciendo que lo necesitaban para su ropa interior, pero que en realidad era para hacer cuerdas. También trataron de sobornar á uno de sus guardianes, pero fué del todo inútil.

«Pronto reconocimos,—continúa Mr. Ellison,—que, no pudiendo contar con auxilio alguno exteriormente, debíamos escapar por nuestros propios esfuerzos. Yo había visto que en un lado de nuestra prisión no se ponía ningún centinela hasta las ocho de la noche; de modo que para fugarnos sería preciso hacerlo entre la hora que se nos encerraba en nuestra celda y la de las ocho. El 20 de noviembre, después de hacer todos nuestros preparativos, consiguieron hacer saltar el cerrojo de la puerta, y con ayuda de los cuchillos nos esforzamos para cortar la madera á que se adhería una fuerte chapa de hierro exteriormente para sujetar aquella. Como la madera era de roble tan duro que se resistía tenazmente, sujetamos una cuerda en la cerradura, y mientras que algunos de nosotros hacían mucho ruido, á fin de que los centinelas no oyesen que se forzaba la puerta, los demás, tirando con todo su vigor, consiguieron abrir, al fin. Entonces subimos por la escalera, y con uno de nuestros útiles tratamos de cortar la madera al rededor de la cerradura de la segunda puerta; pero era un trabajo tan penoso, que perdimos la esperanza de concluirlo antes de que llegara el

centinela, y, por lo tanto, nos retiramos sin ser vistos de Barcelona queados.

»La gran dificultad era ahora encerrarnos de nuevo de modo que los guardianes no reconociesen á la mañana siguiente lo que habíamos hecho, y durante toda la noche estuvimos reflexionando sobre el medio de conseguirlo.

»A primera hora de la mañana siguiente tapé los agujeros practicados en la puerta de la escalera, cubriendolos con un poco de ceniza, y después, abriendo otros en la de la celda, y con la ayuda de un poco de bramante, muy fuerte, se pudo sujetar tan bien la chapa, que cuando el guardián vino y abrió no observó nada. No nos había sido posible echar la llave; pero el hombre debió pensar que se le había olvidado hacerlo, pues la cerró sin decir nada. Esta tentativa de escapatoria, por lo tanto, pasó desapercibida.

»Era evidente para nosotros que debíamos servirnos de un instrumento más grande para abrir la puerta de la escalera; pero ¿cómo obtenerlo? Al fin, se adquirió uno por la bondad de un prisionero inglés que estaba preso bajo palabra, y que, de consiguiente, podía ir á la ciudad y comprar cuanto quisiese.

»Preparado ya todo, solamente esperábamos una noche tempestuosa para intentar la fuga.

»El 8 de diciembre, tempestuoso, como nosotros deseábamos, fué el elegido para poner por obra nuestro plan de fuga. Conseguimos forzar del todo la puerta que nos había cerrado el paso la primera vez, y muy pronto llegamos al patio del fuerte. Atamos la cuerda á una piedra de grandes dimensiones que allí había casualmente, y dejamos caer la otra extremidad sobre la pared. Apenas habíamos hecho esto, oímos la conversación de dos soldados que se acercaban; mas, por fortuna, detuvieronse de pronto y permanecieron diez minutos en el sitio á que habían llegado, diez minutos que fueron de extrema ansiedad para nosotros, pues apenas nos atrevíamos á respirar. Aprovechando un momento en que los dos permanecían vueltos de espaldas, nos deslizamos uno tras otro por la cuerda, y pudimos llegar al fondo sanos y salvos, aunque con las manos laceradas. La altura del muro debía ser, por lo menos, de noventa pies. Ya estaba hecho lo más difícil: lo demás era fácil, pues tuvimos la suerte de que no se hubiese levantado el puente á través del foso, y basta cruzarle para llegar á la ciudad.

»Sin embargo, nos hallábamos en el estado más misero que imaginarse pueda, y nuestro viaje ofrecía grandes dificultades: por todas partes nos rodeaban enemigos; molestábamos mucho un viento huracanado, y teníamos las manos ensangrentadas.

»Apenas hubimos salido de la ciudad, oyóse el cañonazo del fuerte anunciando nuestra fuga; estábamos descubiertos, y muy pronto nos perseguirían para cogernos de nuevo.

»Lo más acertado era dirigirnos al bosque, y así se hizo sin vacilar. Por la mañana, nuestra condición era más lastimosa que nunca: yo conservaba aún el uso de los dedos, pero algu-

nos de mis compañeros los tenían cortados hasta el hueso, sin que fuese posible aplicar por de pronto ningún remedio. Como jefe, mi deber era atender á todos; mas lo único que pude hacer fué cortar los faldones de las camisas para hacer vendajes. En cuanto al alimento, carecíamos de él completamente, y sólo uno de mis compañeros conservaba un pedazo de pan y una pequeña bota llena de vino.

»Después de pasar el día más infernal que en toda mi vida conocí, yerto de frío y empapado en humedad, salimos del bosque y nos encaminamos á la primera casa que se divisó para pedir un poco de alimento. El dueño no pudo ofrecernos más que patatas, que por de pronto bastaron para satisfacer nuestra necesidad, y después nos indicó el camino de Estrasburgo. Nos dirigimos hacia el Rhin presurosos, sabiendo que, si conseguíamos ganar la orilla opuesta, no se debería ya temer á las autoridades de Bonaparte. En el camino, uno de mis compañeros se dejó caer en tierra, aquejado de un dolor agudo que no le permitía andar; fué preciso esperarnos hasta que se recobrase, y después continuó nuestra marcha tan apresuradamente como fué posible.

»Después de observar el estado de cosas en el primer pueblo á que llegamos, juzgué prudente no ir á ninguna taberna y continuar la marcha hasta otro pueblo que había á dos millas de distancia, donde se nos dió alojamiento y cuanto quisimos comer.

»Solamente la idea de hallarnos ya fuera del alcance de Napoleón nos infundía mayores ánimos, y la marcha prosiguió sin obstáculos. El frío, sin embargo, era riguroso, pero á intervalos bebíamos un poco de aguardiente para mantener el calor en el cuerpo.

»Cuando amaneció, el guía que llevábamos echó de ver que se había extraviado. No se divisaba bosque alguno; pero, afortunadamente, á poco llegamos á la inmediación de una granja, donde dos hombres batían la paja, y, habiéndonos permitido echarnos sobre un montón de la misma, disfrutamos de agradable calor durante algunas horas. Al otro día, poco antes de que oscureciera, salimos del bosque que atravesábamos, y, llegados al camino, divisé un jinete, cuyo encuentro no era posible evitar. Yo creí que era un agente de policía; pero resultó ser un empleado de la Aduana. Le ofrecí dinero para que nos ayudara á cruzar el Rhin, y nos exigió por este servicio setenta y cinco duros. Consentimos en dárselos, y nos sirvió de guía hasta llegar á un puente, cerca del cual vefase una casita, de la que salieron veinte ó treinta hombres armados, al oír á nuestro falso guía gritar: «—¡Matar á estos britones!» Ya se comprenderá que nos dispersamos al punto, corriendo en todas direcciones.

»Yo había sospechado, desde un principio, de aquel hombre; y como iba el último de todos, pude retroceder á tiempo hasta la extremidad del puente, siguiéndome uno de mis compañeros. Ofiamos detrás los gritos de nuestros perseguidores, y temí que nos alcanzaran; mas,

al fin, llegamos á la orilla del Rhin, y viendo un bote, precipitéme en él con mi compañero, confiando en que podríamos atravesar. Pero dos hombres que estaban allí ocultos nos preguntaron dónde íbamos. Ofrecímosles quince duros para conducirnos á la otra orilla, á lo cual se negaron, diciendo que era demasiado tarde; y como llegasen tres agentes de policía mientras discutíamos, nos condujeron al pueblo inmediato.

»Todos nuestros padecimientos resultaban, pues, inútiles, y sólo podíamos esperar una nueva prisión, mucho más amarga, después de haber estado á punto de alcanzar la libertad. De los siete individuos que habían emprendido la fuga con nosotros, cuatro lograron escapar, y los otros tres sufrieron nuestra suerte.

»La primera noche se pasó con bastante comodidad, porque nuestro carcelero nos proporcionó suficiente paja limpia para dormir, proporcionándonos el alimento necesario. A la mañana siguiente, el inspector de policía nos visitó con su esposa, y la buena mujer curó las heridas de todos, lamentándose de nuestra suerte. Gracias á su intervención, nos dieron buena cama, lo cual fué un consuelo en medio de nuestras tribulaciones; pero al día siguiente se nos condujo de nuevo á la fortaleza de Beeche.

»Cuando llegamos, se nos dijo que nuestra presencia era necesaria en Metz, con motivo de la causa instruida contra el agente de policía, á quien se acusaba de habernos facilitado la fuga. Se nos obligó á permanecer diez y siete días en aquella ciudad, y después se nos condujo á la prisión con esposas y grillos.

»Habíanse dado órdenes para que todos nosotros fuéramos conducidos á un calabozo subterráneo, horrible por lo oscuro y húmedo; pero, gracias á la oportuna intervención de un oficial de nuestra armada, el teniente Stewart, cuyo buque había naufragado en la costa, y á quien se habló de nosotros, el gobernador de la fortaleza consintió en que se nos trasladase á una habitación bastante bien ventilada, de veinticinco pies de longitud por diez de anchura. Para llegar á ella, era necesario abrir dos puertas, y las paredes que entre ellas median tenían cuatro pies de grueso. En esta habitación fueron encerrados diez de los nuestros; pero como se nos impuso la obligación de hacer la limpieza, estábamos más distraídos y podíamos examinar la distribución del local. Muy pronto comenzamos á pensar sobre los medios de que podíamos valernos para escapar de nuestra prisión, y, resueltos á intentarlo, lo primero que se hizo fué confeccionar una cuerda de ciento cuarenta pies de longitud, que se juzgó suficiente para descolgarnos por el muro exterior. Hecho esto, y después de haber reunido poco á poco una regular cantidad de víveres, solamente esperamos una noche favorable para intentar la fuga.

»Sin entrar en minuciosos detalles, me limitaré á decir que en una noche lluviosa conseguimos burlar la vigilancia del centinela, atravesar el foso y descolgarnos por el muro, no

sin que uno de los nuestros se rompiere una pierna. A pesar de sus quejas, fué preciso abandonarle, para no exponernos los demás á ser cogidos.

»Cuando dispararon el cañonazo del fuerte, en señal de alarma, para anunciar nuestra fuga, ya estábamos á unas cinco millas de distancia de aquél, y poco después pudimos ganar un espeso bosque. Desde allí vimos pasar mucha gente, que, sin duda, buscaba á los fugitivos; pero permanecimos quietos, esperando á que

gamos generosamente, y también nos proporcionó un guía. Este último nos condujo primero á un intrincado bosque, donde permanecimos diez ó doce horas, durante las cuales llovió mucho; mas, por fortuna, pudimos refugiarnos bajo la roca de una montaña inmediata, que, según supe después, pertenecía á los Vosgos, los cuales se corren paralelos con el Rhin. El guía encontró algunos leñadores que, compadecidos de nosotros, nos proporcionaron un refugio, encendiendo una gran hoguera



UNA PENITENCIARÍA EN EL CABO: El desfile

oscureciera. Entonces se acordó salir de allí, y no tardamos en divisar un pueblo; pero, pasando de largo, proseguimos la marcha hasta llegar á la orilla de un ancho río, cuya corriente seguimos hasta el lindero de otro bosque. Comenzaba á llover pesadamente, y, no conociendo el camino, nos pareció lo más prudente quedarnos en aquél.

»En la tarde del día siguiente, resolvimos buscar alguna casa solitaria, que no son raras en aquel país, y, afortunadamente, encontramos una á poco más de un cuarto de milla de distancia. Acercándonos á ella resueltamente, entramos en el patio, y aquí vimos un hombre que daba de comer á sus gallinas. Sin duda, sospechó que éramos los fugados de la fortaleza de Beeche: hasta nos lo preguntó. Parecía un buen hombre. Se lo confesé, y, en efecto, dijo que no nos delataría. Un momento después nos dió abundante pan y vino, lo cual pa-

para que secáramos nuestras ropas. Cuando estuvimos algo repuestos de nuestro cansancio, trepamos por la montaña, para bajar por el otro lado, y entonces vimos el valle del Rhin. A las nueve de la noche llegamos á la casa de nuestro guía, desde donde se divisaba un pueblo bastante grande; mas esperamos hasta la media noche para acercarnos á él. Toda la gente dormía ya, sin duda, pues reinaba un silencio profundo, y, gracias á esto, llegamos sin obstáculo hasta la carretera.

»Nuestro guía, á quien habíamos enviado á buscar un barquero, volvió con éste al cabo de dos horas, y nos condujo en un bote, exigiéndonos solamente dos duros, y un cuarto de hora después nos hallábamos en una isleta, completamente libres y sin temer la persecución.»

EN EL SPLUGEN

Hallábame en un verde prado alpino, mirando los pasos del Splügen que atraviesan la montaña cubierta de nieve, la cual se destacaba á lo lejos en el horizonte, cuando el guía interrumpió mis reflexiones, señalándome un hombre de avanzada edad sentado á la puerta de su cabaña.

—Ese hombre,—me dijo,—fué uno de los guías que condujeron á Macdonald y á su ejército por el Splügen.

Al oír esto, fijé toda mi atención con el mayor interés en aquel individuo, y, acercándome á él, sentéme á su lado, y supe por su boca muchos incidentes de aquella peligrosa aventura.

—Hace cuarenta y tres años,—dijo,—se emprendió aquella peligrosa marcha. Yo era entonces un joven de veinticinco; pero lo recuerdo todo como si hubiese sucedido ayer. He hecho muchas excursiones por los Alpes, mas ninguna como aquélla. Ese Macdonald era un hombre terrible; hubiérase dicho que trataba de luchar contra los mismos Alpes, y creía que le sería dado combatir á las tempestades de nieve como á un ejército.

El anciano siguió hablando mucho, pero no pude enterarme más que de algunos incidentes aislados, propios para dar vida y animación al conjunto.

Para dar una idea de la marcha de Macdonald por el Splügen, mucho más grandiosa que el famoso paso de Bonaparte por el Monte San Bernardo, imagínese un temible desfiladero que conducía á la altura de 6,500 pies, y que durante el verano es simplemente un camino de herradura, mientras que en el invierno se reduce á una masa de avalanchas: con esto se puede formar juicio del arriesgado paso por el cual Macdonald resolvió conducir á sus 15,000 hombres.

El camino se prolonga en la dirección del Rhin, y es en aquel punto un simple riachuelo que se ha abierto paso á gran profundidad en las montañas, las cuales se elevan á menudo á la altura de 3,000 pies sobre él. A lo largo de los precipicios suspendidos sobre aquel torrente turbulento, el paso está abierto en la roca sólida, que flanquea la pared de la montaña como un simple hilo, formando un simple arco sobre el desfiladero, que se hunde aquí á 300 pies.

Altos picos, singularmente silenciosos, parecen atravesar el cielo en distintas direcciones, mientras que tenebrosos precipicios flanquean el abismo por todos lados. Este paso cruza una y otra vez por el desfiladero, y con frecuencia á tanta altura sobre él, que apenas se oye el mugido del borrasco torrente que hay abajo, y, por último, se dirige á la montaña pelada, corriendose hasta la cumbre. Este es el antiguo camino durante el verano.

Imagínese ahora esta misma garganta barrida por huracanes de nieve, y el espantoso ruido de las avalanchas que se precipitan, mez-

clándose con el estruendo que producen al chocar contra los gigantescos pinos; mientras que más arriba, á medio camino de los Alpes, y semejante á un ejército de insectos, se hallan 15,000 soldados franceses dominando los pasos: esto bastará para formar, hasta cierto punto, clara idea de aquella marcha desesperada.

Pero si nunca habéis estado en un desfiladero alpino, ni visto, de consiguiente, mudo de asombro, las poderosas formas que se elevan rodeando al viajero á gran altura y por todos lados, difícil será concebir una escena como la que nos proponemos dar á conocer.

Enormes rocas, semejantes á un sólido muro que se elevara perpendicular hacia el cielo; altos pináculos, que se destacan como espiras de iglesia más arriba de las nubes; lóbregos barrancos, donde con frecuencia retumba el trueno y mugre el torrente; tranquilos glaciares; solemnes campos de nieve barridos á menudo por las avalanchas; todo esto se combina para que el desfiladero alpino sea una de las cosas más terribles de la Naturaleza. Agréguese á esto que el viajero se juzga tan pequeño ante la grandiosidad de las formas que le rodean, tan incapaz y tan inútil en medio de las majestuosas exhibiciones del poder de Dios, que el corazón se opriñe, y una impresión profunda impide al hombre expresar con palabras su asombro.

Hay ahora un camino de carretera en el Splügen, abierto á lo largo del corazón de la montaña; pero no existía cuando Macdonald pasó, como no fuése un angosto camino de herradura que atravesaba el desfiladero de Cardinal.

Napoleón ordenó á Macdonald franquear aquel paso con su ejército en los últimos días de noviembre de 1800, precisamente cuando los huracanes principian á soplar allí con la mayor fuerza. Bonaparte quería que Macdonald formase el ala izquierda de su ejército en Italia, y, por lo tanto, dispuso que intentara el paso.

Aunque Macdonald no tenía rival como hombre intrépido y audaz, comprendió que la empresa era desesperada, é inmediatamente envió al general Dumas para advertir á Napoleón los insuperables obstáculos que se presentaban. Bonaparte, después de escucharle en silencio, replicó, con su acostumbrada indiferencia respecto á los padecimientos ó la muerte de los demás:

—No cambiaré en nada mis disposiciones. Vuelva V. al punto y diga á Macdonald que un ejército puede pasar siempre, en toda estación, allí donde dos hombres puedan sentar los pies.

Macdonald, por supuesto, no podía hacer otra cosa sino obedecer las órdenes, é inmediatamente comenzaron los preparativos necesarios para aquella desesperada empresa.

Era el 26 de noviembre, y las frecuentes tempestades habían cubierto los Alpes del todo, incluso los pasos y veredas, que muy pronto quedaron ocultos bajo una capa de blanda nieve. El ejército estaba en el Rhimthal su-

perior, ó Valle del Rhin, á la entrada del terrible desfiladero de Vía Mala, que es donde comienza el paso del Splügen. Los cañones se cargaron en carretas tiradas por bueyes, y las municiones en mulos, mientras que cada soldado debía llevar, á más de sus armas, cinco paquetes de cartuchos y víveres para cinco días.

Los guías iban delante, y clavaban largas pétigas negras para indicar la dirección del paso; mientras que detrás iban los trabajadores desalojando la nieve, seguidos de los dragones montados en los caballos más fuertes del ejército, á fin de marcar mejor la senda.

El 26 de noviembre, la primera compañía salió de Splügen para comenzar el ascenso. El paso que hay hasta Isola es de unas quince millas de longitud, y la vanguardia había recorrido ya, no sin grandes fatigas y esfuerzos, la mitad de este camino, llegando hasta cerca del Hospicio que hay en la cumbre, cuando de pronto se oyó entre las colinas una especie de mugido sordo, como la voz del mar ante la tempestad.

Los guías comprendieron demasiado bien lo que aquello significaba y miráronse con inquietud; el mugido era más fuerte á cada momento, y, de repente, el impetuoso viento de los Alpes arrastró una nube de nieve sobre la montaña, silbando como un demonio desencañado á través del desfiladero más abajo. En un instante todo fué confusión, ceguera y incertidumbre; hasta el cielo dejó de verse, y la columna se detuvo, escuchando el estrépito producido por la tempestad, que azotaba las copas de los pinos con irresistible fuerza, produciendo siniestros rumores.

Pero, de improviso, oyóse otro ruido más alarmante.

—¡La avalancha! —¡La avalancha! —gritaron los guías. Y un momento después vióse bajar por la montaña una espantosa forma blanca, que, dando saltos, fué á chocar contra la columna cuando avanzaba penosamente por el paso, atravesó entre ella hasta el golfo que había más abajo, y arrastró consigo treinta dragones con sus caballos. Un momento después viéronse durante un momento las negras formas de un cuadrúpedo y de su jinete, como suspendidas del cielo, entre nubes de nieve, y al cabo de un segundo cayeron entre el hielo y las rocas como una masa informe.

La cabeza de la columna llegó al Hospicio sin daño alguno; pero la otra parte, paralizada por la repentina aparición que cruzaba su paso con tan vertiginosa rapidez, arrastrando á la más horrible muerte á sus bravos camaradas, rehusó seguir adelante y volvió al pueblo de Splügen.

La tempestad rugió en medio de los Alpes por espacio de tres días, llenando el cielo de nieve y arrojando avalanchas sobre el paso, hasta que se llenó de tal modo que los guías declararon que se necesitarían, al menos, dos semanas para abrirle de nuevo.

Pero Macdonald no podía disponer de tanto tiempo. Independientemente de la urgencia de

sus órdenes, no había medio de abastecer á su ejército de víveres en aquellas soledades alpinas, y, sin embargo, debía seguir adelante.

En su consecuencia, dispuso que cuatro de los bueyes más fuertes que se encontraran fueran delante con los mejores guías. Detrás de ellos fueron cuarenta campesinos batiendo la nieve, y á éstos siguieron dos compañías de zapadores para apisonar bien la nieve, y tras ellos marchó el resto de la compañía de dragones, parte de la cual había sido arrastrada por la avalancha tres días antes. Se les señaló el puesto de más peligro, accediendo á sus propias instancias.

Apenas había comenzado la peligrosa empresa, cuando uno de los pacíficos bueyes resbaló desde el precipicio, y, agitándose convulsivamente, fué á caer, saltando de roca en roca, en el oscuro y profundo torrente que se oía mugir abajo. Los otros avanzaron poco á poco, hundiéndose de tal modo en la nieve que apenas se les veían más que las astas, mientras que á los soldados les llegaba á veces hasta el pecho.

Ni el tambor ni la corneta despertaron los ecos entre aquellos salvajes picos. Las palabras de mando parecían ahogadas en aquella atmósfera, y la numerosa, aunque desordenada columna siguió avanzando en medio de un silencio sepulcral, comparable tan sólo con el de la tumba.

A intervalos, no obstante, oíase el grito del águila en un elevado nido, y de vez en cuando los soldados experimentaban una impresión de horror al ver caer algún jinete en el precipicio. En cierta ocasión, un caballo resbaló un momento después de haberse apeado el dragón que le montaba, y, suspendido en el aire durante un momento, profirió uno de esos terribles gritos de agonía que los caballos heridos dejan oír algunas veces en el campo de batalla. El rugido del león cuando cae sobre su presa, ó el aullido del lobo, agujoneado por el hambre, son sonidos agradables, comparados con aquél. Cuando se oye una vez, ya no se olvida nunca.

Para comprender mejor cuál era el camino del ejército, se deberían dividir los pasos en tres partes: primeramente, los desfiladeros oscuros y profundos, con el paso abierto en el flanco de la montaña y que cruzan una y otra vez sobre la garganta, sobre puentes de un solo arco, á menudo de doscientos ó trescientos pies de altura.

(Se concluirá)

MANDAMIENTOS FEMENINOS

—El primero, amar sin segunda intención al que haya de ser su marido.

—El segundo, mentir amor en vano.

—El tercero, renunciar á las galas superfluas. No comprar más trajes de los estrictamente necesarios.

—El cuarto, honrar á los suegros y á las suegras.

—El quinto, no matar á sofocaciones á su marido con exigencias bastardas.



EN EL SPLUGEN: Los guías iban delante, y clavaban largas pértigas para indicar la dirección del paso

—El sexto, no ser jamás coqueta.

—El séptimo, tener muy buena lengua.

—El octavo, ser muy económica y previ-

sora.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de **La Ilustración Ibérica**: Plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA